

Los partidos y la cultura. Ignorancia, inhibición, incoherencia

Manuel Caballero

Manuel Caballero: Historiador y periodista venezolano. Estudios en la Universidad de París y en la Universidad de Londres. Autor de numerosos libros, entre ellos: "La Biografía de Rómulo Betancourt" y "La Pasión de Comprender". Acaba de terminar "La Historia de la Internacional Comunista en América Latina".

Pese a que las relaciones entre la política y la cultura no tengan el extremo de mutuo rechazo que ha llegado a tener en los populismos liberales y en los populismos totalitarios, las alternativas suelen ser, en Venezuela, las de la ignorancia, la inhibición y la incoherencia pragmatista. Salvo en el momento de la elaboración de sus programas electorales, los partidos políticos carecen de una política cultural duradera y coherente. Todo ello tiene necesariamente que desembocar en una acción desde el poder que tiene las tres características, a menudo encabalgándose.

Cada vez que se habla de política y cultura, se hace necesario disipar primero una buena cantidad de equívocos, como sólo esos dos términos son capaces de engendrar. Políticos cultos y políticos de la cultura; cultura política y política cultural. Hay un tratamiento de la cultura si se la concibe como actividad artística y literaria, y otro si se la concibe en su sentido antropológico, una y otra cosa sin ser por supuesto excluyentes.

En las siguientes líneas, quisiéramos intentar una primera aproximación al asunto, proponer apenas el tema sin adelantar todavía alternativas y soluciones.

Para ir a lo primero, debemos recordar que el rechazo de la política y el rechazo de la cultura (es decir, del arte y de toda forma de pensamiento libre) van por lo general juntos. Joachim Fest ha recordado que una de las razones del éxito de Hitler residió en el hecho de que había sabido tocar una tecla extremadamente sensible de la idiosincrasia alemana: el rechazo de la política (que no era sino la forma más extendida del rechazo a la realidad). Así, Hitler no pretendía ser un político. Ni siquiera pretendía ser un político diferente de los otros. El pretendía que era no solamente un no-político, sino un anti-político. Y es justamente el suyo el régimen cuya actitud frente al trabajo intelectual y artístico se resumía en aquella frase atribuida a Goering: "cuando oigo hablar de cultura saco el revólver".

UNOS MALDITOS INTELECTUALES

Pero el ejemplo del hitlerismo es demasiado fácil, y en cierto modo demasiado clásico. El rechazo de la política y el rechazo de la cultura están, desde mucho antes, ligados a una cierta concepción de la democracia, la norteamericana, sobre todo después de lo que ha sido llamado "la revolución populista de Andrew Jackson" y lo que Alexis de Tocqueville señalara con horror como la tiranía moral de la mayoría. Tomando la democracia como igualación por abajo, en los Estados Unidos se ha logrado desde muy temprano inocular a los ciudadanos con el horror de los políticos cultos, de los aborrecidos egg-headed intellectuals en función de gobierno. El odio asesino hacia la familia Kennedy no proviene tanto de sus palabras o de sus acciones "liberals" como del hecho de que se les considere, con razón o sin ella, unos malditos intelectuales, amantes de las palabras difíciles y de las ideas abtrusas. Es el mismo odio que sintieran en su momento Woodrow Wilson y Adlai Stevenson, y que sólo logró apaciguar uno de los más extraordinarios demagogos de un tiempo que, como el suyo, no fue avaro en ellos: Franklin Delano Roosevelt, capaz como él solo de enternecer su auditorio pretendiendo que hablaba junto a la chimenea; y haciéndolo de verdad para apiadarse de las calumnias levantadas contra su Irish-terrier, su perrito faldero.

En todo caso, se suele decir que mientras los políticos europeos tratan de posar de hombres cultos (y hasta el a-político y a-culto Hitler peregrinaba anualmente a Bayreuth), en los Estados Unidos hasta los políticos cultos buscan comportarse como patanes (y así un Henry Wallace haciéndose retratar en calcetines o un Robert Kennedy llamando públicamente son-of-a-bitch al presidente Lyndon Johnson). Como es normal para quienes estamos sometidos a dobles presiones y ,a dobles tradiciones y hasta podría decirse a dobles solicitudes, en Venezuela se suele nadar entre dos aguas, si bien, como es normal, se tiende hoy cada vez más a desecher el modelo europeo por el norteamericano. Durante el siglo XIX (como correspondía a liberales para quienes la ilustración, marca de los hombres acomodados, tenía que serlo de los políticos y mucho más en países cuya generación libertadora incluía nombres como Miranda, Nariño, Bello, Bolívar, Juan Germán Roscío y al final del siglo, Martí) hasta hombres de origen tan poco intelectual como Monagas y Páez trataban de parecer cultos, el primero con un majestuoso continente, el segundo aprendiendo a cantar "como los musíúes" [[*]] arias operáticas acompañándose del violín. Bajo el gomecismo (porque la adulación es compatible con todo, hasta con la sociología) se exaltó hasta la saciedad la imagen del hombre sin letras cuya ciencia era saber gobernar, exaltación hecha, dicho sea de paso, por intelectuales. Hoy, por mucho que se busque ejemplo en los Estados Unidos, cada

vez que se ha dado al pueblo posibilidad de escoger ha escogido gobernantes que, buenos o malos, han sido en su mayoría intelectuales: el novelista Gallegos, el periodista Betancourt, el académico Caldera, el columnista Herrera Campíns, a los que tal vez convendría agregar el abogado Leoni y más atrás, por haber sido reivindicado pese a no haber sido electo, el historiador López Contreras. En todo caso, lo que se pretende decir con todo esto es que en Venezuela, quién lo iba a creer, la condición de gobernante bueno o malo, no es incompatible con la condición de intelectual, buena o mala.

SERVIDORES DE IRRISORIAS MANIAS

Pese a eso, sin embargo, la intrusión de los mass-media en la política ha lanzado a nuestros dirigentes por el camino de un populacherismo de mal oriente y así la tiranía mediocrática de la mayoría es a la vez, y sobre todo, la tiranía de los magnates de la información. Por supuesto que no estamos diciendo que el populismo sea producto de los mass-media, pues lo precede a veces, como hemos visto en el caso de los Estados Unidos, en casi dos siglos. Pero si no lo han inventado, los mass-media, y en particular la televisión, lo han industrializado y simplificado, pero sobre todo, han contribuido tal vez como ninguna otra cosa a hacer que los líderes políticos abduquen de su condición de tales, haciéndose cada vez más servidores de las más irrisorias manías de la masa invisible. De allí la obsesión por la "imagen" que ha llegado a alcanzar extremos peligrosamente lindantes con el ridículo, como Rafael Caldera despeinándose ante las cámaras para demostrar que no usa brillantina; como Teodoro Petkoff correteando tras sus niños; como Jaime Lusinchí escondiéndose de la TV no por soberbia ni por timidez, mucho menos por desprecio a la industrialización de las campañas políticas, sino por temor a no proyectar una imagen suficientemente glamorous.

Sea como sea, y pese a las deformaciones que a partir sobre todo de 1973 han impuesto por igual mass-media y asesores norteamericanos, en Venezuela todavía no han llegado los dirigentes políticos a sentir vergüenza de su condición intelectual, y así Caldera nunca ha permitido que sus novísimas camisas a cuadros oculten las copiosas medallas que ha conquistado en su dilatada actividad académica; ni Petkoff trata de disimular que sus también copiosas lecturas las realiza con facilidad por intermedio de varios idiomas, ni que su pluma suele ser tan ágil y elegante como la del mejor escritor. Pero pese a eso, tanto en sus partidos como en todos los otros existentes en Venezuela, cualquiera que sea su tamaño y descartando por supuesto las efímeras combinaciones puramente electorales, llama la atención la ausencia absoluta de una política cultural.

LA FLOR EN EL OJAL

No estamos diciendo que se descuide necesariamente este aspecto de la actividad social, ni que se mire necesariamente por el hombro la actividad intelectual y artística. Y por supuesto, no se ignore que la fama literaria puede dar dividendos electorales, en Venezuela donde Gallegos llegó a ser presidente y Uslar Pietri llegó a convertirse en un "fenómeno electoral". Lo que es posible afirmar es que, hasta ahora, ni siquiera en los partidos donde, por lo menos durante un buen tiempo, se pensó lo contrario y donde, por lo menos durante un buen tiempo, se intentó reflexionar sobre el asunto (para que nada sea ambiguo, estamos refiriéndonos especialmente al Movimiento al Socialismo - MAS -), nunca se ha logrado superar la idea de que los intelectuales y los artistas no sean otra cosa que esa "flor en el ojal" útil para prestar al partido un empaque que le permita pavonearse en los salones al tiempo que se encanalla en los suburbios.

Los partidos políticos venezolanos no pueden dejar de ocuparse de la presentación de una política cultural en el momento de elaborar sus programas electorales. Sería imposible que lo hiciesen, aun cuando fuese porque la fuerza de las cosas lo impone: para reformarlo, para fusionarlo o simplemente para dismantelarlo, tienen que tomar en cuenta la existencia de un Consejo Nacional de la Cultura (CONAC), de un Ministerio de la Cultura y de una infinidad de instituciones culturales en los diversos niveles del aparato del Estado, sin hablar de las instituciones privadas que, como los capitalistas venezolanos, no pierden ocasión de echar pestes del Estado incluso cuando van a cobrar el subsidio estatal. Pero lo que es difícilmente negable es que su preocupación vaya más allá de lo puramente instrumental, burocrático y quinquenalmente electoral (esto es, en función de la captación de votos). Para decirlo en términos militares (es decir, políticos), su inquietud nunca va mucho más allá del terreno táctico: se continuará exhibiendo el apoyo de los uomini della cultura mientras todavía lo permitan los modos y sobre todo las modas del electorado. No está excluido que después se les esconda como al bobo de la familia.

LOS INFALTABLES COCTELES

Lo anterior no es una apreciación pesimista producto de experiencias personales o de algún choque inesperado y mañanero de bilis y atrabilis. Proviene de la más simple observación de los hechos, y se puede comprobar respondiendo a una sola pregunta: ¿dónde están, y si las hay, de qué se ocupan las secretarías culturales de los partidos políticos? Generalmente, no pasan de ser simples oficinas de relaciones públicas que en el mejor de los casos organizan conferencias, recitales, veladas cul-

turales, homenajes al compañero que "pegó el cuadrito" de un premio nacional y, por supuesto, los infaltables cocteles.

En todo esto hay diferencias según el origen de los diversos partidos políticos. Si provienen de las filas conservadoras, o (para emplear el lenguaje tradicional) si provienen de la derecha, hay en ellos siempre una desconfianza hacia los intelectuales y los artistas que son sinónimos de bohemia, de indisciplina, de hipelcriticismo y sobre todo de subversión de los valores morales tradicionales. Es por eso que se da la evidente paradoja de que siendo su creador un intelectual (por mucho que, siendo académico, sea visto con la normal desconfianza que desde Darío se le tiene entre los artistas); pese a Rafael Caldera y a su enmedallado grupo de doctores provenientes de la Unión Nacional de Estudiantes (UNE), Copei nunca ha podido contar entre sus cuadros dirigentes ni entre sus militantes destacados con un escritor o un artista de cierta significación. Por lo tanto, en esta materia no solamente Copei nunca ha mostrado que tenga una política determinada, sino que nunca ha mostrado especial interés en tenerla: de allí la incoherencia y la pequeñez de su política cultural desde el gobierno.

EL PEQUEÑO GRILLO DE LA CONCIENCIA

Como la izquierda no las tiene todas consigo, como siempre hay un pequeño grillo de la conciencia que le impide dormir el sueño de los justos, ha habido cierta tendencia en los últimos años, no a desentenderse del asunto sino a esquivarlo. Cuando Teodoro Petkoff declara que "la mejor política cultural es no tener ninguna", hay que darle su parte en esto a la necesidad que una campaña electoral impone de expresar en fórmulas simples los problemas más complejos. Pero hay también y sobre todo el escaldamiento del gato que hace que el felino huya del agua fría. Detrás de todo esto está la mala conciencia del "realismo socialista" y otros zdanovismos. Esto podría eventualmente servir de explicación e incluso la inhibición puede resultar en tal caso no sólo comprensible, sino saludable. Pero hay también en el fondo una indudable confusión: si el Estado y los partidos políticos no deben intervenir en el terreno de la creación artística, no quiere decir esto que no pueda permitirse actuar y reflexionar sobre una política propia en el terreno de la cultura. Que el Estado se inmiscuya o no en el terreno de la creación es también por lo demás asunto de los propios artistas que deben terminar de comprender que contra una institución colectiva (valga el casi pleonasma) debe haber también una defensa colectiva y que ella no reemplaza sino que, por el contrario, supone la aventura individual de la creación.

Acción Democrática a adoptado, como en tantas otras cosas , una actitud pragmática. Como proviene de la izquierda, sabe que no debe enajenarse con el mundo de la cultura. Sabe que ya no es posible comprar fidelidades, tan abierta y descaradamente como lo hiciera el general Gómez, ni hay cómo cerrar en torno suyo la dorada jaula del cuerpo diplomático como lo hiciera en 1948 y por muy poco tiempo Andrés Eloy Blanco. Pero hace mucho tiempo que Simón Alberto Consalvi descubrió, desde la Oficina Central de Informaciones (OCI) y desde el Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes (INCIBA), que los intelectuales y artistas también comen y que si bien no es cierto aquí que siempre se vaya a llegar al corazón a través del estómago, por lo menos ayuda. Pero esta, como cualquier acción pragmática, no se inquieta mucho por reflexionar.

Todo esto tiene que desembocar en una política cultural, desde el gobierno, plena de incoherencias porque ayuna de plazos largos. Si los partidos políticos se preocupan de la cultura sólo en términos electorales, o para decirlo menos feamente, a plazos estrictamente quinquenales, es normal que a cada cambio de gobierno muchos intelectuales y artistas sientan que el mundo se les viene encima, pero que, aparte de los normales aunque aterradores desajustes que todavía produce el spoils system de los voraces partidos venezolanos, al final no sucede nada.

Ignorancia, inhibición o incoherencia pragmatista. Si las relaciones de la cultura y el poder o de la cultura y los partidos políticos se mueven hoy exclusivamente en estos ámbitos, mucho de eso se puede atribuir al hecho de la inexistencia real de una política cultural en el interior de los partidos, de una reflexión y de una acción coherente y sobre todo permanente (no electoral) de su parte sobre estos problemas. Pero también, por supuesto, a causa de la debilidad de los movimientos que agrupan (no para la pelea gremialista, sino para el combate por la libertad de la creación y por el reconocimiento de ella como lo que la jerga de moda considera "actividad prioritaria") a los intelectuales y a los artistas.

*En Venezuela se denomina "musiú" a los extranjeros cuya lengua no es el español. Es denominación afectuosa y en modo alguno despectiva. (N de la R).